



Carlos Pezoa Véliz 704651

En un día como hoy, hace exactamente cien años, nació, en Santiago, Carlos Pezoa Véliz.

Su infancia fue triste. No conoció prácticamente a sus padres. Un matrimonio amigo de aquéllos lo crió. También fue precaria su formación educacional. Cursó las preparatorias y parte de las humanidades en el colegio de los Padres Agustinos. Quiso, más tarde, en calidad de estudiante libre, terminar los estudios secundarios. "Le faltó el resuello cuando ya tocaba la meta: después de haber aprobado 30 exámenes, se quedó sin dar el último y definitivo" (Augusto D'Halmar, "Los 21", p. 259).

Halló algunas ocupaciones. Una de ellas le permitió realizar un viaje a las salitreras, que le fue muy útil y que prolongó hasta el Ecuador. Fue su única salida del país. En 1886 hizo su servicio militar.

Luego, en busca de fortuna, se vino a la costa. El hogar de los Silva Esdeba, situado en Playa Ancha, lo acogió con caridad. En Vida del Mar, consiguió el cargo de Secretario de su Municipalidad. Se edificó, al crédito, una pequeña casa para vivir, la "Pajarrera Verde", en su pintoresco lenguaje. Levantada sobre arenas, era naturalmente frágil. El terremoto de 1906 se la destruyó, "aprisionándolo entre sus fierros y maderas" (el mismo D'Halmar, p. 364).

Ya no volvió a levantar cabera. Sus últimos lechos fueron los de los hospitales: el Alemán, en Valparaíso; el San Vicente de Paul, en Santiago. En éste falleció el 21 de agosto de 1908. Recién había cumplido 28 años.

La existencia de Pezoa Véliz fue, pues, breve y atormentada. Más que una madre amante, la vida fue para él una madrastra cruel. El fondo amargo de su producción literaria tiene, en esta circunstancia, su mejor explicación.

Poseyó, entretanto, genio poético: el don de expresarse en imágenes, el sentido de la musicalidad, la capacidad de transmutar la pobre realidad en medio de la cual se movió en poemas y cuentos de gran belleza; el uso del adjetivo certero; el dominio de la síntesis.

Fue, además, un escritor original. Decía Manuel Ugarte que los escritores latinoamericanos, al momento de tomar la pluma, se hacían inevitablemente la misma pregunta: "¿A quién voy a plagiar esta vez?". No fue su caso. Los poetas pretéritos o presentes no lo influyeron mayormente. De ahí su fuerte originalidad. Esta originalidad fue sinónimo de chilenidad. Sus ojos azules — misterio del ancestro — supieron ver con mucha claridad los aspectos más nuevos, inexplorados y frescos de la áspera realidad chilena, urbana o rural. "Teodorinda", "Pancho y Tomás", "Nada", "El perro vagabundo", "El

Se ha dicho que fue el iniciador de la "poesía social chilena". Le salió así, espontáneamente. No hubo, de su parte, una actitud preconcebida al respecto. Ella no impide, sin embargo, que la chilenidad fuese la nota relevante, como se dijo, de su poesía.

"No fue un poeta precoz" observó Armando Domínguez, en el primer estudio serio que se publicó sobre él ("Los nuevos", 1912, Editorial Sempere y Cia, Valencia, p. 192).

Toda su producción, en efecto, es posterior a los veinte años. Pudo ser más copiosa, más profunda, más afinada si la muerte no lo recogieran pronto, como a los aedos griegos que eran vestidos de blanco y coronados de rosas cuando fallecían en plena juventud. Para ellos Menandro compuso, seguramente, ese verso que es como un sello cristalizado en un diamante: "El mozo de los Dioses muere joven".

Tampoco publicó, en vida, ningún libro y su producción se habría dispersado y perdido si no es por Ernesto Montenegro que la recogió, con fraternal piedad, en "Alma chilena", un volumen editado en Valparaíso, en 1912.

¿Qué podría citarse de su poesía más representativa?

Habría que elegir, al desgaire, algunas estrofas.

De "Teodorinda", por ejemplo: "Tiene quince años ya Teodorinda/ la hija de Lucas, el capataz;/ el señorito la halla muy linda:/ tez de durazno, boca de guinda/. ¡Deja que crezca dos años más!"

De "Nada", aquella dolorosa historia de un desconocido, "joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido", a quien hallan un día muerto en plena campiña. Nadie sabía nada del existido: "ni el vecino Pérez ni el vecino Pinto". "Una chica dijo que sería un loco/ o algún vagabundo que comía poco/ y un chasco que oía las conversaciones/ se tentó de risa. ¡Vaya unos simplices!/ Una paletada le echó el panteonero./ luego lió un cigarro, se caló el sombrero/ y emprendió la vuelta. Tras la paletada/ nadie dijo nada, nadie dijo nada".

O aquella visión a través de la ventanilla del tren en marcha: "¿Dónde van los campos grises/ en fantástica carrera?/ Van a lejanos países/ donde el hombre los espera/ ¿Dónde van los hombres grises/ en fantástica carrera?/ Van a lejanos países/ donde nadie los espera".

"Pancho y Tomás", tal vez su mejor poema que lo consagró, al ser leído en el Ateneo de Santiago, es la historia dolorosa de dos hermanos jóvenes y llenos de ilusiones, a quienes, sin embargo, la vida defrauda. "Pancho, el hijo del labriego/ y su hermano, el buen Tomás/ serán hondrecitos luego/ Pancho será pedo del riego/ y su hermano capataz". Uno se casa y el otro no. Pero ninguno es feliz. La última estrofa es desgarrada:

Carlos Pezoa Véliz. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos Pezoa Véliz. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile